

CAPITULO I I I

PRESENCIA DE LA MUJER EN LA POLITICA

No han sido muy afortunados los varones. - Preparación para el fracaso. - "La más vergonzosa actividad". - Mendigar para socorrer a los mendigos.

Ahora, cuando se nos repite insistentemente que no estamos preparadas para ninguno de los cargos altos o bajos del gobierno de este país eminentemente político, conviene recordar que los varones tampoco lo están porque ni los partidos políticos, ni sus diversos grupos, ni las organizaciones, ni institución alguna, que yo sepa, se han preocupado por impartir conocimientos, orientación o enseñanza alguna sobre esta importante ciencia de la política.

He visto a los varones practicar una suerte de habilidoso malabarismo que llaman política, pero que no corresponde en su esencia, ni en sus sistemas y métodos consuetudinarios, a la definición que de tan elevada actividad humana da el diccionario de la lengua.

Por lo que hace a Colombia, si nos atenemos a los resultados de la política ejercitada hasta el presente, habremos de convenir en que son desastrosos. Nadie podría negar, sin faltar a la verdad, que la inmensa mayoría del pueblo colombiano vive una vida miserable, infrahumana. Cambian los gobiernos, porque en el poder se suceden los partidos, sin que ninguno haya logrado darle solución siquiera a las tres elementales necesidades de todo ser humano: la salud, la vivienda y la educación. Es éste el desolado panorama nacional que encontramos las mujeres al insurgir en el territorio de la política. ¿Por qué, entonces, y en razón de qué, nos llaman impreparadas? ¿Pretenden acaso que debemos prepararnos para el mismo fracaso? Yo no lo creo así y, precisamente porque pienso de manera diferente, he resuelto exponer mi verdad, que es la sencilla verdad de una mujer que durante treinta años ha estado contemplando el devenir de los acontecimientos sin más derecho que el de simple observadora.

Desde hace treinta años, cuando se abrieron para la mujer las puertas de la Universidad, ha salido de los claustros un equipo de mujeres preparadas en las diversas ramas del saber humano en igualdad de condiciones con el varón: médicas, abogadas, ingenieras, odontólogas, etc., etc., lo cual equivale a decir que la preparación científica y técnica es la misma para hombres y mujeres. Muchos hombres, aun sin esta preparación, están practicando lo que ellos llaman la política. Precisamente porque me aparto de esta clase de prácticas y aspiro a que las nuevas ciudadanas la ejerciten en forma diferente, creo que

no les hace falta a las mujeres preparación sino orientación por nuevos rumbos y con objetivos distintos.

Veamos la definición que trae el diccionario de la lengua: "Política: Arte de gobernar un Estado". Y ¿qué es *gobernar* conforme al mismo diccionario? "Dirigir, conducir, administrar".

Ya desde hace más de dos mil años Platón como Aristóteles estaban de acuerdo en que "la más elevada de todas las artes a cuya posesión puede aspirar el hombre es la política, que es el arte tanto de dirigir a la sociedad, como el de procurar el mayor bien a la humanidad". Consideraba Aristóteles que el objeto de la vida es "vivir feliz y bellamente" y buscaba esa felicidad en la posesión de la ciencia, en la vida intelectual, y entendía la política como la ciencia práctica más elevada porque conducía a la superación ideal del vivir.

Todos estamos de acuerdo en que hay elementos básicos indispensables para cimentar la felicidad de los pueblos: tranquilidad, es decir, paz; salubridad, esto es, nutrición adecuada y defensa contra las enfermedades; abrigo, vale decir, techo en donde guarecernos de las inclemencias del tiempo; y educación, que significa suministrar conocimientos aun cuando sean mínimos para valernos y defendernos en la lucha de diaria competencia. ¿Con cuál de estos elementos básicos cuenta el pueblo colombiano?

La violencia, producto de viciadas prácticas políticas y de tremendos errores, se desencadenó en el país con furia devastadora sin que hasta el presente hayan podido

detenerla. No lo ha logrado la fuerza del ejército, que cumple y quiere cumplir con su deber. Ni las plegarias de las mujeres que diariamente elevan memoriales pidiendo este don elemental de la paz, porque todos los días en la choza miserable o en la residencia campestre son sacrificados a millares los niños y los ancianos, las mujeres y los varones.

Entre tanto, en los diversos lugares del país la insalubridad, la total carencia de asistencia social es manifiesta. En la línea del Ferrocarril de Puerto Wilches, en el litoral Atlántico, en Puerto Boyacá, Huila y el Caquetá, y aquí en el propio corazón de nuestra ciudad capital, he contemplado los mismos cuadros de miseria y de abandono social, que el siquiatra Julio Asuad denunció valerosamente en varias conferencias hace tres años ante una sociedad tocada de la más cruel indiferencia por el dolor ajeno.

De la carencia total de abrigo no hay para qué hablar, porque basta salir a las calles en una de estas gélidas noches bogotanas, para ver el espectáculo de los niños tirados en los andenes y medio cubiertos con periódicos, o el doliente cuadro de las madres rodeadas de pequeñines que pugnan por apretujarse unos contra otros para defenderse del frío.

Educación integral sería mucho pedir para un pueblo que ni siquiera tiene la posibilidad de aprender a leer.

Como remate de tan desolado panorama, contemplo ahora la controversia desatada entre los parlamentarios, las más altas figuras del gobierno del pasado cuatrenio y los

economistas jóvenes y viejos, sobre el déficit presupuestal de cerca de dos mil millones de pesos para el año de 1963. La responsabilidad de tan monstruosa falla en la administración va y viene como pelota de goma, pero rebota siempre contra los intereses creados en torno a la defensa de personas intocables. En esas condiciones, todo debate queda anulado, y las consecuencias recaen sobre el pueblo que es, al fin y a la postre, el que paga todos los platos rotos. El frondoso árbol de la burocracia se agiganta hasta el extremo de producir declaraciones de esta índole:

“El Espectador”, noviembre 5 de 1962. Página 9-A. (edición matinal):

“SE INICIO LA PODA BUROCRATICA EN EL DEPARTAMENTO DE BOLIVAR.

“Cartagena, noviembre 4 (Del corresponsal Antonio J. Olier).- Con la supresión de treinta cargos ‘sin funciones definidas’, la Secretaría de Obras Públicas departamentales ha iniciado la poda burocrática anunciada por el titular de ese despacho, señor Nicanor Mantas López. El mismo funcionario expresó que la reducción se extenderá hasta el 50 por ciento de los empleados de la misma dependencia.

“DEFICIT DEPARTAMENTAL.

“Pasa de 5 millones el déficit de tesorería en el Departamento de Bolívar, según informaciones suministradas en fuentes oficiales. Esta situación mantiene preocupados a los funcionarios de la administración seccio-

nal y sobre ella se trató detenidamente en el último Consejo de Gobierno”.

¿A qué obedece la expresión “sin funciones definidas”? ¿Es que el grado de inconsciente despilfarro del Estado ha llegado a tales extremos como el de colocar individuos únicamente para pagarles asignaciones? Falta por averiguar qué clase de servicios han prestado esos individuos a quienes así se les recompensa. ¿Por qué extrañarse entonces del déficit presupuestal?

Pero hay algo más: Calibán en su “Danza de las Horas” del domingo 10 de marzo del presente año (1963) dice lo siguiente:

“Las economías oficiales han principiado suprimiendo cinco mil puestos vacantes, cuyos sueldos suben a ciento cuarenta millones de pesos. Lo que a primera vista resalta es que existen cinco mil empleos, que seguramente hubieran sido ocupados, si no interviene la necesidad de economizar. ¿A qué se debería la creación de ese ejército de burócratas, que afortunadamente fueron eliminados a tiempo? Es simple muestra del desbarajuste administrativo. Como lo es también la revelada supresión de compras de elementos para oficinas, no por economía sino porque en los depósitos hay máquinas de escribir en número superior al de todas las mecanógrafas posibles, lápices, y sin duda estilógrafos y cuadernos y papel para cuatro años. Lo que se necesita no son técnicos, ni asesores, ni servidores civiles, sino obrar en la Administración con el criterio del buen padre de familia, que no tiene más sirvientas —perdón, emplea-

das— de las estrictamente necesarias, ni acumula en su despensa víveres para que se pudran”.

Estas breves consideraciones arrojan la conclusión cierta de que no han sido muy afortunados los varones en la dirección del Estado colombiano. Es que la política, que quizás en un lejano pasado fuera noble y elevado ejercicio de gobernar conforme a programas de mejoramiento colectivo, se fue tornando, lenta pero consuetudinariamente, en porfiada batalla de apetitos e intereses personales en pugna.

Los mismos varones directores, ejecutores y dueños absolutos del comando del país, se encargaron de descubrir los profundos abismos a donde habían descendido en el ejercicio de esa clase de piratería personalista que denominaron política. El desenfado llegó a tales extremos que para justificar su negativa a concederle a la mujer, posible competidora, los derechos ciudadanos, no vacilaron en calificar la política de “vergonzosa actividad”. Quienes escuchábamos tamaños dislates no sabíamos qué admirar más: si el cinismo de los varones que así confesaban públicamente su pecado de incorregible reincidencia, o la candidez de las mujeres que aceptaban continuar equiparadas con el loco, el beodo o el imbécil, a trueque de no contaminarse con el burdo ajetreo encubierto con el nombre de política.

Correría el riesgo de ser tachada de mentira o de grave exageración si no acompañara mis afirmaciones con documentos extraídos de la época en que algunas mujeres luchábamos tenazmente por los derechos humanos:

“EL TIEMPO” - Sesión del 22 de noviembre de 1944 en la Cámara de Representantes.- Habla el Ministro de Gobierno, doctor Alberto Lleras Camargo:

“Pide la palabra el señor Ministro de Gobierno y dice que en nuestro país el sufragio es aún incompleto, corrompido e imperfecto, aunque existe un deseo permanente de elevarlo y perfeccionarlo; que en estas circunstancias no le parece aconsejable incorporar a la mujer a un ambiente viciado”...

Y en otra sesión de la misma época observó “que le parecía grave que la mujer se incorporara a esa actividad defectuosa, ya que su temperamento pasional sólo contribuiría a complicar la situación”.

“Expresó su temor de que una ley accidental, aprobada a la topa tolondra, sin restricciones de ninguna clase, fuera a conceder ese derecho a la mujer, con lo cual se echaría a perder el progreso gradual en que está empeñada la nación.

“El señor Ministro terminó diciendo que el argumento principal que podía aducir sobre el particular, era el que no siendo el sufragio suficientemente puro, como lo quiere y lo busca el gobierno, debe apartarse a la mujer de esa actividad”.

El doctor Guillermo León Valencia, desde el Senado de la República, se expresó así en el mismo año:

“Soy irrestrictamente adverso a la implantación del voto femenino en nuestro país. Colombia, que se ha ca-

racterizado por la violencia electoral, no puede comprometer a la mujer en la más vergonzosa de nuestras actividades: la política. Si en cien años de vida democrática hemos avanzado tan poco en la función electoral no es presumible que en un futuro próximo pueda resolverse satisfactoriamente tan arduo problema. La mujer, que es el más alto símbolo del hogar, no debe mezclarse en una lucha que desconoce todos los fueros y arranca el espíritu hasta un grado indecible”.

No podrán, pues, los varones dolerse de injusticia o de agravio por mis afirmaciones sobre la política que venían practicando, ya que ellos mismos la calificaron como “la más vergonzosa actividad”. Y era la verdad; porque basta recordar un debate político de los verificados en el próximo pasado, cuando aún no teníamos las mujeres los derechos ciudadanos: en vísperas de las elecciones los candidatos recorrían las ciudades y aldeas de su circunscripción electoral para movilizar a los siervos de la gleba con discursos encendidos de pasión sectaria, y sin más contenido que mentidas promesas. Así, arengados para la violencia, los dejaban bajo el comando de ocho o diez caciques amaestrados, a quienes ofrecían canonjías presupuestales para que mantuvieran tenso el resorte movilizador de la turba de ignorantes e ilusos campesinos. Por eso veíamos en el día de las elecciones irrumpir por todos los puntos cardinales muchedumbres encabezadas por el respectivo cacique, ebrias de alcohol y de pasión sectaria, que al grito tribal de “rojo nó” o “godo nó”, blandían el garrote, el puñal o el revólver y a empellones y codazos se preci-

pitaban a depositar su voto, con el consabido saldo de varios muertos. Todo esto para elegir a un señor que se titula "Padre de la Patria" pero que de padre no ostenta más que el abusivo derecho de continuar castigando cruelmente a sus menores con el hambre, la desnudez y la sempiterna ignorancia, mientras él se da el lujo de disfrutar de una cuantiosa remuneración, que sube a su antojo, sin concurrir siquiera a las sesiones del parlamento.

Verdad es que con el Frente Nacional, y más aún, con la incursión de las mujeres en la política, desaparecieron de los días de elecciones el grito tribal, el garrote, el cuchillo, el revólver y los consiguientes muertos; pero no es menos verdadero que lo demás continúa exactamente igual. Esto es lo que aquí se ha llamado política, y tan acostumbrados están a darle al más crudo personalismo el nombre de política, que al iniciarse la presente legislatura (1962) la prensa capitalina llamó "debate político" a la mísera discusión personalista en torno a un saludo al Presidente saliente. Doce días gastaron nuestros llamados "padres de la patria" en esta nimia disputa, como si les asistiera el derecho de constituirse en historiadores, pagados por el pueblo a tan alto precio, para que destacaran los aciertos y desaciertos de un gobernante que había cumplido ya su mandato y a quien tuvieron, en tiempo oportuno, la facultad constitucional de juzgar, si era que consideraban tan mala su administración. Cerca de un millón de pesos costó al país este ajetreo personalista que la prensa calificó de "debate político". De manera que lo que se viene practicando en Colombia no es la

política en su más elevada acepción, sino una deformación que puede llamarse más bien politiquería y que el vulgo denomina “manzanillaje”.

Tenemos entonces que si la política se practica en su genuino sentido, es noble y elevado ejercicio, territorio de la inteligencia e instrumento adecuado para proporcionar feliz y bella vida a los gobernados; pero cuando se prostituye, se convierte en fuente de incalculables males y desgracias: una torcida política fue la causa inmediata para que nuestro país retrocediera al imperio de la fuerza bruta. Habíamos superado ya crudas etapas de disputas y guerras internas, y empezábamos a transitar por el territorio de las ideas, cuando ambiciones desmedidas, equivocados cálculos y aviesas prácticas políticas nos sepultaron en la tiranía.

La política juega, pues, principal papel en toda actividad humana, individual y social, y del buen o mal uso que se haga de ella depende que se ennoblezca o se mancille.

Algunas nobilísimas inteligencias varoniles, seriamente preocupadas por el futuro de nuestro país, saludaron la presencia de las mujeres en la política como una esperanza de purificación, que infortunadamente no ha cristalizado en hechos positivos, debido a la total desorientación que les ha impedido ubicarse como fuerza cohesionada y constructiva. Y hay razón para que así sea, como natural consecuencia del permanente clima letal creado por los hombres en torno a la política para espantar a las mujeres.

Tanto se les repitió que esta actividad era impropia de su sexo, y por tantos siglos permanecieron apartadas de ella, que se les formó una costra aislante, una especie de inmunización producida por las repetidas vacunas habilidosamente preparadas y dosificadas por los varones.

Esta absurda posición arcaica y negativa de las mujeres frente a la política, acarrea funestas repercusiones para el conglomerado femenino y para el país en general, y sólo podría contrarrestarse con la presencia de líderes capaces de emprender una tarea de adoctrinamiento sobre las masas femeninas, en el sentido de hacerles comprender la capital importancia de la política como fuerza motriz de todas y cada una de las ramas del poder público.

Precisa llevar a la inteligencia femenina un poco de claridad para que pueda distinguir su posición actual como sujeto de derecho capaz de proyectarse en obras trascendentes de la de ayer, cuando no contaba con más instrumentos que su propia sensibilidad para verterse en obras filantrópicas. Mendigar para socorrer a los mendigos fue fatigoso y constante ejercicio de las damas de antaño, que se sigue repitiendo hoy con desoladora inconsciencia y lamentable despilfarro de múltiples energías que, organizadas, dirigidas y encauzadas por los canales de una política constructiva, podrían ser remedio eficaz para la tremenda descomposición social que nos asfixia.

Lo mismo que se estacionaron en las obras de beneficencia, se quedaron también en la etapa de las peticiones y las súplicas: memoriales, cartas, comisiones, manifestaciones y regalos constituye el balance de actividad de

las nuevas ciudadanas, sin que se les haya ocurrido detenerse a meditar en que el verbo *pedir* quedó en el vacío ante la certera eficacia del verbo *actuar*, que hoy tienen a su alcance.

Me conturba el espectáculo de algunas damas que empiezan a iniciarse en la política como cauda incondicional de los varones, transitando los mismos senderos para obtener como regalía la merced de precarias posiciones o cargos burocráticos, como también me angustia la desdeñosa indiferencia con que las más vuelven la espalda a la actividad política, con total ignorancia de lo que esta nobilísima actividad significa para el beneficio social y la salud de la patria. Pensemos en la fundamental transformación que se verificaría en el país si la mitad de los ciudadanos colombianos, que son las mujeres, insurgiera en el estadio de la política como fuerza unificada y propulsora de un nuevo estilo de generoso servicio a la comunidad. Con programas propios, claramente perfilados, en vez de mentidas promesas, podríamos llevar a los comandos del Estado un equipo de ciudadanos, hombres y mujeres, de intachable honestidad y probada competencia, que proyectara una distribución planificada de la renta nacional para cubrir globalmente las más urgentes necesidades sociales, en plazos relativamente cortos, en lugar de convertir en jirones el presupuesto nacional y lanzar retazos en todas direcciones sin más objetivo que la satisfacción de intereses personales cifrados en la reelección, que ha convertido al parlamentarismo en el más fácil y redondo negocio del día.

No pretendo demostrar que las mujeres podrían realizar solas la anhelada transformación social que el pueblo reclama con indiscutible derecho; aspiro únicamente a que se abra para los dos sexos la posibilidad y la oportunidad de una dirección conjunta de los negocios públicos, ya que se ha comprobado que los varones solos no han sido capaces de construir el arquetipo de gobierno democrático para defender y embellecer la vida.